

VÉRONIQUE OLMÍ

# BAKHITA

Traducción de  
FERNANDO GARCÍA-BARÓ HUARTE

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2019

Para Louis  
Para Bonnie

Imagen de cubierta: fotografía de Roberto Tabarés Díaz para Ediciones Sígueme  
Modelo: Ana Isabel Álvarez de Granada

© Traducción de Fernando García-Baró Huarte  
sobre el original francés *Bakhita*

© Editions Albin Michel, 2017

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2045-1

Depósito legal: S. 367-2019

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

«Nos quitarán hasta nuestro nombre. Y, si queremos conservarlo, tendremos que encontrar en nosotros la fuerza necesaria para que, detrás de este nombre, algo de nosotros, de lo que éramos, subsista».

Primo Levi, *Si esto es un hombre*.



I  
DE LA ESCLAVITUD  
A LA LIBERTAD



Ella desconoce cómo se llama. No sabe en qué lengua sueña. Recuerda palabras en árabe, en turco, en italiano, habla además varios dialectos. Muchos provienen de Sudán y uno, de Venecia. La gente dice: «Un galimatías». *Habla un galimatías y se la entiende mal. Hay que decírselo todo de nuevo con palabras diferentes, palabras que no conoce.* Lee con lentitud apasionada el italiano y firma con letra temblorosa, casi infantil. Conoce tres oraciones en latín, cánticos religiosos que entona con voz grave y fuerte.

Le han pedido a menudo que relate su vida, y ella la ha contado una y otra vez, desde el principio. Es el principio, tan terrible, lo que les interesa. Se la ha contado en su *galimatías*, y así es como ha vuelto su memoria: diciendo, en orden cronológico, lo que era tan lejano y doloroso. *Storia meravigliosa*, título del melodrama de su vida. Una novela por entregas en el periódico y, más tarde, un libro. Que nunca leyó. Su vida contada a los demás, de la que estaba orgullosa y avergonzada. Temió las reacciones y le agradó que la quisieran por esta historia, por aquello a lo que se atrevió y lo que calló, que no habrían aceptado oír, que no habrían comprendido y que, de todas maneras, nunca se lo dijo a nadie. *Una historia maravillosa*. Su memoria volvió con el relato, pero su nombre nunca pudo recordarlo. Jamás supo cómo se llamaba. Sin embargo, eso no es lo más importante, porque quién era de niña, cuando llevaba el nombre que le puso su padre, nunca lo olvidó. En su interior guarda, como un tesoro de la infancia, a la pequeña que fue. Aquella niña que debería haber muerto en la esclavitud sobrevivió; aquella niña era y sigue siendo lo que jamás nadie logró arrebatarle.





Cuando nació, eran dos, dos pequeñas idénticas, y ella siguió siendo la doble de su gemela. Sin saber dónde estaba, vivía con ella. Estaban separadas, pero juntas; crecían y envejecían alejadas y semejantes. Sobre todo por la noche, notaba su presencia, notaba ese cuerpo que faltaba al lado del suyo, ese aliento. Su padre era hermano del jefe del poblado de Olgossa, en Darfur. El nombre de la aldea y de la región se lo dijeron los demás, aquellos a los que les contó su historia y que cotejaron los mapas, las fechas y los acontecimientos. En Olgossa, por lo tanto, su padre las había presentado, a ella y a su hermana, a la luna para protegerlas. Y fue a la luna a quien dijo por primera vez sus nombres, que recordaban para siempre cómo habían venido al mundo, y el mundo se acordaría para siempre de ellas. Ella sabe que esto sucedió así, y lo sabe de manera infalible y para siempre. Cuando mira la noche, piensa a menudo en las manos extendidas de su padre y se pregunta en qué parte de esa inmensidad habita su nombre.

Por la tarde, en Olgossa, cuando el sol se había deslizado tras los montes de piedra y los hombres y los rebaños habían vuelto, las cabras se habían arrodillado bajo los árboles, el relincho de los asnos producía una música desafinada, la tierra todavía no estaba fría y las gentes de su pueblo se reunían alrededor del fuego. Hablaban fuerte, como la multitud en los mercados pequeños. Ella se sentaba sobre la rodilla de su padre y apoyaba la cabeza contra su hombro. Cuando él hablaba, su voz le hacía vibrar la piel y le provocaba un largo escalofrío. Un escalofrío que tenía un olor, una música, un calor. Su gemela se sentaba sobre la otra rodilla. Tenía el mismo miedo que ella a la noche acechante. Pensó muy

a menudo en esas tardes, en la dulzura de su miedo protegido. Cerraba los ojos y se guardaba ese dolor indefinible, imposible de explicar. No tenía el lenguaje para decirlo, las palabras que conocía eran concretas y rudas, y cada una podía corresponder a un dibujo o una forma, pero no decían ni lo que se escapa ni lo que permanece. Era en su mirada en donde se podía leer el contraste entre su fuerza y su inocencia. Había siempre en su mirada lo que había perdido y lo que su vida interior le había permitido recobrar: su vida, que protegía como un regalo.

El rostro de su madre debía de ser bello, porque ella también lo era. Porque siempre la escogían por eso, por su belleza. Su madre debía de ser alta, de pómulos elevados, frente ancha y ojos negros, con esa luz azul parecida a una estrella plantada en medio del firmamento. Como ella. Olía a mijo tostado, al amargo azúcar del sudor y a leche. Olía a lo que daba. Ella sabía cómo olía su madre porque lo recordaba con frecuencia y, al hacerlo, se le cortaba la respiración. Era terrible no poder atraparlo, recibir el golpe sin poder disfrutar de la dulzura. Era terrible, y a la vez bueno, recibir durante unos pocos segundos ese resplandor que solo tenía que aceptar, como un misterio sin pena. De los once hijos que su madre trajo al mundo, habían muerto cuatro; a dos los habían secuestrado.

La primera vez que ocurrió ella tenía cinco años. Cinco, seis o siete años... ¿cómo saberlo? Nació en 1869. Quizás un poco antes, o un poco después. No lo sabe. Para ella el tiempo no tiene nombre, no le gusta escribir cifras, no sabe leer la hora en un reloj, solo en la sombra que proyectan los árboles. Quienes le han pedido que cuente su historia *desde el principio* han calculado su edad en función de las guerras de Sudán. Se reencontrará con esta violencia en otros lugares, pues el mundo es el mismo en todas partes, ha nacido del caos y la explosión, y avanza haciéndose pedazos.

Tiene cinco años, más o menos, y es el fin del mundo. Esa tarde lleva una luz que nunca volverá, una alegría tranquila que vibra y pasa desapercibida. Uno no sabe que está ahí. Se vive en

el interior de esta alegría como un pájaro afanado, y esa tarde en su aldea los pequeños juegan a la sombra del gran baobab, y el árbol es como una persona de confianza. Es el centro y el ancestro; la sombra y el punto de referencia. Los ancianos duermen a esta hora del día y los hombres recogen sandías en los campos. A la salida del poblado, las mujeres baten el sorgo; es la música tranquila de un poblado apacible que cultiva sus campos, una imagen del paraíso perdido que ella guardará para convencerse de que existió. Ella viene de ahí, el lugar de la inocencia masacrada, la bondad y el reposo. Es lo que quiere: proceder de una vida justa, como cualquier vida antes de conocer el mal.

Su hermana mayor, Kishmet, ha venido de la aldea de su marido para pasar la tarde con ellos. Es una chica de unos catorce años. No ha venido con su bebé, que tiene un poco de fiebre y lo está cuidando su suegra. Por unas horas, vuelve a ser la hija de sus padres. Está en la cabaña de las mujeres con la gemela, que duerme la siesta. Está triste por vivir en otro lugar, por pertenecer a su marido y no a su padre, pero orgullosa de tener un hijo. Sus pechos están llenos y, antes de dormirse, la gemela ha bebido un poco de su leche. Esto las ha calmado a las dos.

El canto de las mujeres batiendo el sorgo es como un zumbido de insectos. Tiene cinco años y juega junto a su madre con sus piedrecitas. Hace lo que todos los niños: inventa, da vida a los objetos, a las piedras, a las plantas; anima e imagina. Son sus últimos instantes de inocencia. El conocimiento va a caer sobre ella de un solo golpe y le va a dar la vuelta a su vida como a un guante. Su madre canta un poco más lentamente que las otras mujeres. Ella oye esta diferencia, los pensamientos de su madre están en otra parte, pues su hija mayor ha venido a pasar la tarde y pronto será como ella. Ya tiene un bebé y pronto tendrá otro, y luego otro. La vida de una mujer casada. El canto más lento de la madre deja ver el orgullo y la inquietud discreta. Y la ternura.

Tiene cinco años y le dan miedo las serpientes. A menudo, su hermano mayor dibuja sobre la arena largas líneas con el extremo de un palo. Se ríe cuando ella grita, es un juego, la broma de un

hermano mayor, y para siempre estarán asociados en su memoria su hermano y las serpientes. Echará de menos ese juego desigual, los ojos del hermano que esperan su miedo y se ríen por adelantado, esa mirada burlona que le echaba y que le otorgaba una pequeña importancia. Esa tarde, en el momento en que ve la huella de una serpiente que probablemente no ha dibujado su hermano, oye el enorme ruido. Desconocido. No lo comprende, pero en ese mismo instante las mujeres dejan de batir el sorgo, levantan los rostros, gritan como si la desdicha ya estuviera ante ellas y corren para atraparla. Su madre la agarra sin mirarla, como si fuera un paquete, la arrolla como a una hierba y corre aullando. Y la olvida. La deja ahí, de repente, en la aldea desfigurada, en mitad de las llamas, y se precipita en la cabaña donde duermen Kishmet y la gemela. Está sola, en mitad del fuego y los muertos. En ella se clava el terror del abandono. Llama a su madre, grita su nombre, pero su voz se pierde en el furioso ruido del fuego, en los golpes de los hombres intentando apagarlo con las horcas, vertiendo los cubos de agua y los morteros, y el humo rodea el poblado y lo ahoga. La niñita tose y llama a su madre, pero ni sus sollozos ni sus brazos extendidos reciben socorro.

Cuando llega a la cabaña de las mujeres, la madre busca a Kishmet, pero no encuentra más que a la gemela. Sola y viva. La sacude, la besa, la empuja, la aprieta contra ella. Gestos de pánico y sin coherencia. Le grita a la pequeña: ¡Dime qué has visto! Se lo repite con voz aguda, se lo ordena entre sollozos histéricos: ¡Dime qué has visto! La pequeña permanece callada. La madre sabe qué ha visto, sabe qué ha pasado. Ella misma nació en la guerra, conoce la organización de los esclavistas, sabe por qué han raptado a su hija y cuál va a ser su utilidad. Querría encontrar una última imagen suya en el relato de la pequeña. ¡Dime qué has visto! ¡Dime que todavía la ves! Pero la pequeña no se mueve. Calla. Su mirada ha cambiado, posee un conocimiento nuevo, pero todavía no sabe las palabras para transmitirlo.

Esa tarde, los secuestradores llegaron al galope, con el fuego, los fusiles, las cadenas, las horcas y los caballos, y se apoderaron de todo lo que pudieron. Sobre todo, de los jóvenes. A los chicos

para los ejércitos, a las chicas para el placer y el servicio doméstico. Fueron rápidos, ya tienen experiencia. Conocían el poblado, estaban bien informados y les habían indicado el camino, quizá alguien del poblado vecino. Sabían lo que iban a encontrar.

Los hombres y las mujeres de Olgossa llegaron demasiado tarde. Sus hijos y sus hijas intentaron huir, esconderse, pero fueron capturados, heridos, asesinados, y sus voces se perdieron en el gran aliento de las llamas. Hay cuerpos desmembrados, quemados, agonizando y gimiendo en los grandes charcos de sangre. Hay cabras caminando sin rumbo, perros llorando y pájaros enmudecidos. Hay cabañas destrozadas y horcas para esclavos quebradas que señalan el paso de los saqueadores. El fuego corre aún de un lado a otro. Es la firma de los negreros.

El poblado permanece en desorden durante varios días, como un campo después de una tormenta. Ella no reconoce a su gemela y no reconoce el lugar en el que vive. Olgossa está inundado por los gemidos de los heridos, es algo interminable, una repetición del sufrimiento que da vueltas como una llamada lenta y desesperada. No reconoce a la gente con la que vive. Los habitantes han juntado a los muertos y contado a los ausentes. Han descubierto a ancianos decapitados y a niños amputados. Han descubierto el saqueo y el pillaje: los campos arrasados, las vacas agonizantes, el agua del río contaminada por los cadáveres hinchados. Cualquier signo de vida aniquilado. Las mujeres se han arañado los cuerpos hasta sangrar y han golpeado sus frentes contra el suelo, con gritos que ella nunca había oído. Los hombres han cogido las lanzas y los tambores y se han ido durante la noche. El hechicero ha venido y ofrecido sacrificios. Al cabo de unos días y unas noches, los hombres han vuelto, sin mirar a sus mujeres. Y ante sus hijos también han bajado los ojos. Contra los fusiles y la pólvora, sus arcos y sus flechas solo han servido para señalar su impotente presencia. Qué ironía.

Durante mucho tiempo permaneció el olor de los cuerpos y de la paja quemados en la aldea, y las cenizas volaron varios días antes de desaparecer en el viento, y cuando lo hicieron, todo había

terminado realmente. Pero sobre la arena, delante de la cabaña de las mujeres, el cuerpo de la hermana mayor ha dejado la huella de una serpiente tan ancha como una rama de baobab. Ella la ve todo el tiempo, incluso cuando los demás caminan por encima, incluso cuando la lluvia transforma la tierra roja en montones de barro. Ve la imagen de su ausencia brutal y muda. Esa advertencia. Y conserva el miedo desnudo, el de sus propios alaridos que su madre no oía. Es un peligro nuevo: perder la protección de su madre. Una madre que ya no reconoce. Una mujer inquieta, nerviosa y sin reposo.

Por supuesto, los habitantes de Olgossa pensaron en abandonar su poblado, pues los mercaderes ya lo conocían y seguramente sus agentes volverían. Y después pensaron en los que lo habían hecho antes que ellos, los que habían huido de su aldea saqueada, abandonado sus plantaciones, perdido sus rebaños, los que se habían marchado a otro lugar del que nunca habían vuelto. Los habían encontrado muertos de hambre al pie de las colinas, en la llanura y en el bosque. Así que los habitantes de Olgossa se quedaron. Con el miedo de ir a buscar madera, de ir a buscar agua, el miedo de que los niños se alejasen, de que las mujeres fuesen demasiado hermosas, el miedo a que los fusiles y la pólvora regresasen al galope. En cualquier momento. El día, la noche. Y su alegría se volvió más incierta, turbada por el duelo y la impotencia, y una nueva desconfianza hacia los extranjeros, pero también, y sobre todo, hacia los que no lo eran y que habían indicado a la perfección dónde encontrarlos.